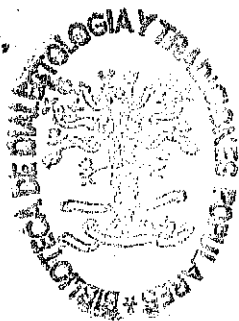


RELACION
DE LA VIDA, PASION Y MUERTE
DE
CRISTO NUESTRO SEÑOR.

A la Aurora bajó el Sol,
fué disposicion divina,
de que tome carne humana,
para que al mundo redima
con su pasion y su muerte,
de aquella caverna ó sima
donde estábamos sujetos
con una obligacion fija.
Por este sacro misterio
nos vemos libres: ¡Qué dicha!
Gabriel trajo la embajada,
llegó y dijo: Ave-María,
llena seas toda de gracia;
concebires este dia
en vuestras puras entrañas
al Niño Dios, Virgen pia;
y dado el consentimiento

quedó preñada María.
Llegando á los nueve meses,
de Nazaret se partía
para Belén y entre escarchas
nació el Autor de la vida.
Los pastores se alegraron,
los cielos se regocijan,
los querubines le cantan,
y los ángeles decian:
Ya es nacido el rey del cielo,
gloria á Dios se dé cumplida.
En su Circuncision sacra,
que fué al cabo de ocho dias,
nos dió á entender en el templo,
á lo que al mundo venia,
que era á derramar su sangre,
por restaurar lo que habia



1. 40. 170

perdido por el pecado
de Adán, ¡notable desdicha!
Visitáronle los reyes
con contento y alegría,
y al Niño le presentaron
el oro, incienso y mirra.
Trayéndole desde el templo,
se les partió y con fatiga,
sus Padres que le buscaban,
á cualquiera que veían,
lo preguntaban, diciendo,
si han visto al Bien de su vida.
Unas mujeres le dieron
noticias con que se animan,
y en el templo le encontraron,
que la Escritura esponía
á príncipes y doctores,
con tanta sabiduría,
que á contradecir no aciertan,
pues confundidos se miran.
Su entretenido recreo
le encontraba cada día
por los sitios escusados
en el árbol de la vida;
con las cruces conversaba,
y de esta suerte decía:
dulcísima semejanza,
donde fin tendrá mi vida,
por eso os estimo tanto,
cruz amada y cruz querida,
que me has de servir de lecho
en mis penas y fatigas.
Cumplió los treinta y tres años
el Señor, y determina
caminar á padecer:
con su Madre lo practica.
Un jueves por la mañana
la llamaba y la decía:
ya es tiempo, Madre, ya es tiempo
de cumplir las profecías;
Yo he de ir á sufrir muerte
porque el hombre tenga vida.
—Hijo de mi corazón,
dulcísima prenda mía,

que me quieres dejar sola,
metida en tantas fatigas?
Cristo y su Madre se abrazan,
llorando se despedían:
—mi bendición os alcance.
Quedaos en paz, hasta el día
que subais á las alturas
á estar en mi compañía.
A su sagrado Colegio
le dió en la Cena su misma
carne y sangre (¡qué portentoso
y lavó los pies (¡qué dichoso!)
Un atrevido le vende
por una infame codicia,
que fueron treinta dineros;
¡ay Dios, quién tal imaginat!
Solo tres llevó consigo,
cuando al huerto se encaminó
que son Pedro, Juan y Diego,
porque de testigos sirvan.
Llegó el Redentor al huerto,
y un poco á orar se retiró;
hizo oración á su Padre
y de esta suerte decía:
pase, Señor, si es posible,
este cáliz de agonía
en mí; mas siempre se haga
tu voluntad, no la mía.
Gotas de sangre le hace
sudar pena tan crecida,
y un ángel se le aparece
que le conforta y anima.
Partióse mas esforzado
á su noble compañía,
halló que estaban durmiendo
y llamándoles decía:
velad y atended, amigos,
que ya veloces caminan
los que vienen á prenderme
para quitarme la vida.
Llegó Judas el malvado
con su infame escuadra impío;
dijo Cristo: ¿á quién buscat?
A Jesús, le respondían;

y el Señor les dijo entonces:
Ego Sum. y se caían
en tierra todos postrados,
que moverse no podían.
Dióles el Señor licencia,
y con la saña maligna,
furiosos aprisionaron
al Redentor de la vida.
A palos, á puntillones
y á patadas lo derriban;
lo ataron de pies y manos,
juzgando se les iría,
y llevándolo arrastrando,
hácia la ciudad caminan
con algazara y estruendo,
con voces y grilería.
Entran en Jerusalem,
y por balcones y esquinas,
por puertas y por ventanas
unos á otros se decían:
ya está aquí el facineroso,
el que se hacía Mesías.
Se lo presentan á Anás,
y á Cristo, por su doctrina
y discípulos pregunta;
y el Cordero sin mancilla
dió una sumisa respuesta.
Un traidor con mano inicua
dió á Cristo tal hofetada,
que le cruzó la mejilla.
Se estremecieron los cielos,
y el Redentor le decía:
¿en qué ofendí tu persona,
que así maltratas la mía?
Sufrió allí el Señor mil burlas,
y Anás luego determina
se lo lleven á Caifás,
por ver lo que de él haría.
Le recibió muy gustoso
pues deseado le había;
y á Jesus le preguntó
que si era él el Mesías,
conjuróle por Dios vivo,
y el Señor le respondía:

tú lo has dicho, y muy en breva
entre nubes á la vista
tendreis al Hijo del Hombre.
Blasfemado hal repetía
Caifás: ¿qué esperais más prueba?
Una criada decía:
¿ventis con el embustero?
á Pedro, y él respondía:
no he conocido tal hombre,
y luego el gallo le avisa.
Cayó San Pedro en su yerro,
y llorando se salía
hechos sus ojos dos fneates,
dos canales sus mejillas.
A Pilato al Señor llevan,
y este su inocencia vista,
sabiendo ser Galileo,
al rey Herodes lo envía:
quiso hiciera algun milagro,
mas Cristo no respondía.
Le trató, al fin, como loco
con vestidura ridicula,
y á Pilato lo devuelve,
porque hiciera de El justicia.
Mas viendo el juez su inocencia,
libertarle determina,
quiso darle corregido,
y lo entregó á aquella inicua
ó inhumana gente soya,
que su coraje desquitan.
Con una púrpura vieja
rey de farsa lo publican,
con una caña en la mano,
y su Santa Sien ceñida.
Su sacra barba le mesan,
de los cabellos le tiran,
escupiéndole en el rostro,
y doblando la rodilla;
como á Rey le saludaban,
y al darle golpes decían:
adivina quién te dió;
si eres Cristo, profetiza.
Una corona le trazan
con setenta y dos espinas.

traspasando su cerebro
 aquellas puntas malignas.
 Amarrado á una columna,
 el que es la inocencia misma,
 seis verdugos le azotaron
 con rigor y tiranía.
 Con ramales y con varas,
 garfios, cadenas impías,
 cinco mil golpes le dieron,
 que los huesos se veían.
 Lastimóse de él Pilato,
 y por ver si les movía,
 á un balcon así le asoma,
 y *Ecce Homo*, les decía:
 tened piedad de este hombre.
 Y el vil pueblo á una voz grita:
 crucifícale ¿á qué aguardas?
 Por librarle, proponía,
 debía soltar un preso
 por la Pascua, y le pedían
 que á Barrabás les soltase,
 y que si así no lo hacía
 era enemigo del César.
 Viendo tan mortal envidia,
 lavados antes sus manos
 esta cruel sentencia firma:
 que en una cruz muera Cristo.
 A cuestras se la ponían,
 y moviéndole á empellones,
 á pocos pasos caía.
 Los pregoneros clamaban,
 y sus clamores decían:
 ya viene el sacro Cordero
 á ofrecer muerte por vida.
 Cayó en tierra por tres veces,
 y una mujer compasiva
 con la toca que llevaba
 su Rostro sagrado limpia.
 Llegó Cristo, (¡qué dolor!)
 al Calvario, (¡qué fatigal!)
 donde los rudos sayones

las vestiduras le quitan.
 Tienden la cruz en el suelo,
 y tres barrenos le fijan
 enclavando su persona
 con tres clavos, (¡qué agonía!)
 Le levantaron en alto,
 y cuando ansioso decía
 tener sed, aun por mas pena,
 hiel y vinagro le aplican.
 Dos ladrones le acompañan,
 y el Paraiso ofrecía
 al que pidió se acordase
 cuando en su reino estaría.
 En las manos de su Padre
 Cristo su espíritu envía,
 luego inclino la cabeza
 en señal de que moría;
 peñas y aun montes se parten,
 el sol y luna se eclipsan.
 Para mas mofa trajeron
 á Longinos, que no veía,
 y dándole una lanzada,
 el corazon le partía;
 de él salió sangre y agua
 con que recobró la vista;
 y reconociendo el yerro,
 llorando el perdon pedía.
 El cuerpo pidió á Pilato,
 José Abarimatea,
 Nicodemus y él lo bajan,
 y tristes le depositan
 en los brazos de su Madre,
 que estaba casi sin vida;
 todo lo insensible siente
 viendo llorar á María.
 A la tarde lo enterraron
 y el domingo resucita,
 para subir á la gloria,
 la cual tiene prometida
 á quien su ley y preceptos
 observase en esta vida.

MADRID.— Despacho : Sucesores de Hernando, Arana. 11

